

LA MUJER EN EL TRABAJO

Se ha traído á cuento un asunto altamente interesante: la mujer en el trabajo. Nadie con más legítimo derecho que los que trabajamos, podemos discutir el caso.

Es un punto dudoso de escudriñar porque en él habrá demostraciones injustas al parecer de los que no saben calcular la proporción de los efectos, porque no se trata solamente de que la mujer trabaje: es preciso determinar dónde y cómo la mujer alcanza á ser virtuosa en el trabajo.

La mujer es la reina del hogar; el hombre el sedentario del taller.

Ambos sufren, ambos luchan con la vida, y sus confidencias íntimas de tiempo en tiempo y no perennes, son el consuelo mutuo que se prodigan las almas para convertir en rato agradable las calamidades del mundo.

Pero si la mujer busca virtudes en el taller, palpando la lucha titánica del hombre, que santifica el día cumpliendo su misión de siervo, que sacude su melena como león enjaulado al compás de la batuta del domador, encontrará un camino de abrojos, un sendero de espinas, cuya travesía dejará sus pies ensangrentados, y un rasgo de experiencia, conseguido con lágrimas, hará palidecer la luz de sus ensueños, la antorcha de sus ansias.

Cualesquiera que sea la posición de la mujer, debe ser buena y virtuosa, ayudarle al hombre en el trabajo, pero lejos de él; buscar la labor doméstica ó establecer, en muy buena hora, instituciones exclusivamente femeninas, donde no palidezcan ante la presencia de un hombre severo que intimide la debilidad de su conciencia. Que la corona de honra que la mujer se ciñe al trabajar, no la manchemos los hombres con desprestigio, lo cual se observa contra la voluntad de los buenos trabajadores y mediante la sonrisa satánica de los aduladores que se muerden su lengua de serpiente al musitar la epístola del Diablo.

Ya en nuestro país va tomando auge la idea del trabajo mixto, y eso es perjudicial para ambos sexos, porque el hombre también sufre detrimento al notar que es sustituido por su compañera y que él no podrá sustituirla á ella en la labor de sus afares.

No es el egoísmo el que se deja ver: es la conveniencia para ambos, para la mujer y el hombre.

Si es una tristeza la esclavitud del hombre, es una ignominia la esclavitud de la mujer; pero, qué hacer: el Destino tiene á veces brazos de hierro y fauces de pantera.

Y hasta dónde suele llegar la desgracia de los humanos infelices que tienen que considerarse dichosos cuando están asidos á la cadena del martirio, cuando han perdido el único bien: la libertad; cuando ven pasar, con sus ojos desmesuradamente abiertos, las horas largas que van dejando en su espíritu el embrutecimiento del mandato sin reproche; cuando escrutan con avidez el futuro y lo ven lleno de sombras, asumiendo tonalidades de espanto y decepciones de suicida.

Y pretender que por esa gruta cavernosa penetre la mujer. ¡Qué crueldad!

También la ociosidad en la mujer es ponzoña venenosa. Pero si los hombres tenemos las herramientas pesadas que á semejanza de cruz llevamos por la pendiente de la vida, ellas conservan como relicario santo el costurero ordenado y los estudios, sin rezos ni plegarias, que se esfuerzan por entrar en sus cerebros debilitados.

Eso es: para ellas el oficio suave que les corresponde; para nosotros el trabajo rudo y pesado, el soborno de los amos, la maldición eterna de las horas de fatiga en que á cambio del sustento diario damos hasta la voluntad de nuestras miradas y el jugo de nuestras fuerzas.

Ovidio Rojas
Costarricense

Femeninas

POR EDELMIRA PI

Los dos Mendigos

La tarde moría, el cielo se mostraba opalino y sangriento, y las nubes engalanadas por la luz del crepuscular incendio tomaban formas preciosas semejando castillos encantados, mares con buques de marfil, llenos de hadas y geniecillos que evocaban en nuestra imaginación toda una serie de cuentos y romances oídos desde la cuna.

Por una de las calles de la Ciudad mundana, dos viejos mendigos caminaban apoyados en un báculo agorero, de pristino penitente: llegaron al parque, sentáronse en un banco de piedra y entablaron el siguiente diálogo:

—Qué te parece —dijo ella— hoy hace años... á que no recuerdas, hermoso?

—Vamos, Marina—contestó el viejo mirándola tiernamente —cómo no recordar aquellos tiempos venturosos y felices en que yo te daba besitos muy dulces... ah!, querida; pero en

mi mente se alberga hoy un recuerdo que me conducirá á la tumba: hoy es la fecha del nacimiento de nuestro hijo.

—¡Pobre hijo mío!—suspiró la anciana—qué será de él... Oh! Dios mío!

—Qué será de él—repitió la el viejo—nada sabemos; se marchó como tantos á probar fortuna; quizás la haya hecho, quizás no se acuerde de sus padres.

Dos lágrimas corrieron por las huesosas mejillas de los ancianos...

—Levantémonos y marchemos hacia la campiña—clamó el viejo—hoy es la fecha de nuestro infortunio y nuestra muerte.

—Marchemos—subrayó Marina—somos los desperdicios humanos...

Por la carretera gris, bordeada de álamos y chopos que conduce á la campiña, dos sombras avanzaban tristemente en la soledad de la noche.

Una Escuela de Artes y Oficios

Nos quedan fuerzas para luchar por las buenas causas, y lo pudimos haber hecho antes; pero creíamos y no nos acabamos de convencer,— que se trataba del sonido del cuerno del pastor para atraer las ovejas esparcidas. Son tan hábiles los políticos repartidores de ofrecimientos, que todavía engañan con su palabrería hueca.

Qué hacer!

El cuerpo de la víctima tiembla ante la presencia del verdugo.

Pues bien; una Escuela de Artes y Oficios en Costa Rica sería un provecho indiscutible para el pueblo por los beneficios que le reportaría no sólo á ésta sino á las generaciones venideras; sería la realización de un sueño que por tanto tiempo ha venido embargando la atención de todas aquellas personas que no han mezquindado el poder de su inteligencia para recoger el fruto de una verdad, dado el caso de que no se malogre la cosecha.

Despertar á los oprimidos del marasmo en que viven, cultivar el progreso intelectual y material entre los que no lo tienen, mediante el establecimiento de instituciones que harán figurar su provecho en los anales de la Historia, es tarea harto difícil para los que reciben una blasfemia por cada palabra de redención.

Pero, sin embargo, no debe asistir el decaimiento cuando se tiene fé en la sinceridad de los procederes, cuando es el corazón henchido de amor el que lucha y se lleva en la conciencia la esperanza sagrada de ganar.

Eso sí, si viene la malversación de ideas para llevar al fracaso la buena intención de los sanos, en buena hora que se queden los politicastos con su feticchismo embaucador y no perturben la atención de los pigmeos que van dando pasos de gigante en el camino del progreso.

Más adelante cuando el asunto vaya tomando su aspecto puro, prometemos ocuparnos nuevamente de él, siempre tendiendo á demostrar la verdad de las cosas y á darle luz á los escondrijos de la ignorancia.

LA AURORA SOCIAL

El infusorio es el egoísmo; no conoce más que á sí mismo; no quiere más que para sí y fabrica el mundo.—IHERING.

Los colegas más jóvenes de Costa Rica



OSCAR ZAMORA



HERNÁN VALVERDE

Muy poco,—relativamente,—ha sido lo que el Futurismo ha determinado. Ahora mismo, no sabemos hasta dónde ha de llegar la labor que emprenderán los jóvenes colegas.

No hay duda que el pensamiento moderno evolucionista. La majestuosa reina Idea se abre paso.

El Juvenil se impone, como se impone la adolescencia.

LA AURORA SOCIAL al

dirigirle su fraternal saludo de bienvenida, pone muy cerca de los embrionarios colegas, los rojos claveles que adornan su estandarte reivindicador.

El Juvenil, periódico de gente menuda, pero de alma grande.

Ya alumbran las luminosas auroras el sendero por donde han de caminar los esforzados trabajadores de mañana...

¡Salud, colegas!—LALO.

El Canto del Trovero Rebelde

Mi canto es canto recio, es canto de batalla, de lucha, de esperanza, de gloria y maldición; en sus estrofas lleva rugidos de metralla, clamores de justicia, incendios de pasión.

Mi canto, grito rojo, maldice á los tiranos; mis penas, mis dolores, mis ansias pongo en él; ensueños de rebelde, orgullos soberanos, quereres de mi alma, desprecio al amo cruel.

Hermanos que sufrís en cárceles oscuras bajo la fiera garra del déspota opresor; á consolar la pena de vuestras amargas, os llega en este día mi canto redentor.

Hermanos muertos de hambre, perdidos por el mundo, sin patria, sin abrigo, sin pan y sin hogar, que cese en vuestros pechos acento gemebundo, es hora de combate, es hora de luchar.

Anémicas obreras, de frente marchitada, do nunca dió la dicha su beso bienhechor, para vosotras canto, mi lira está templada en notas de tristeza, en notas de dolor.

Hermanos del terruño; esclavos de la mina, dejad las herramientas, cesad de producir; ¡oid el verbo nuevo! el verbo que fulmina sus notas vibradoras cantando el porvenir.

Mendigos, prostitutas, hampones miserables, ladrones infelices que el hambre pervirtió: venid los frutos secos, los frutos deleznable en quienes la desdicha con saña combatió.

Rebeldes vagabundos, bohemia despreciada, que va de polo á polo cantando libertad, ¡alzad los corazones! y en esta gran parada, formemos de los libres mundial fraternidad.

Venid los taciturnos, corred los desgraciados; el verbo nuevo suena y en cóleras estalla el himno rojo y fuerte que asusta á los malvados y lleva en sus estrofas rugidos de metralla.

Marcelo Salinas

Cuando por la opresión se pretende detener el progreso de un pueblo ó la emancipación de una clase, se provoca una revolución cuyo impulso está en razón directa del de la reacción que la produjo.

Puede aceptarse en algún caso la palabra cruda; pero rechazamos la palabra sucia.— Evítense estos dos escollos: la palabra impropia y la palabra impura.

Victor Hugo.